

Massimo Livi Bacci

Por tierras y mares
Quince migraciones históricas



Alianza editorial
El libro de bolsillo



5. Deportación de los alemanes de Norka, colonia fundada en 1767 en la región del Volga, 60 kilómetros al sur de Sarátov, septiembre de 1941. Fueron 1,2 millones los alemanes deportados entre septiembre de 1941 y enero de 1942. © Alamy / Cordon Press.



6. La *Grande Seca* ('Gran Sequía') de 1915; cadáveres junto a la vía ferroviaria en el Nordeste de Brasil. © Alamy / Cordon Press.



7. *Dust Bowl*: llegada de una tormenta de polvo. © Alamy / Cordon Press.



THE MERALD OF RELIEF FROM AMERICA.

8. Alegoría de Irlanda, el Hambre, la Emigración y un *coffin ship*. «Nos estamos muriendo de hambre». Ilustración de la Library of Congress online.



9. El *Titanic* en el puerto de Southampton. Zarpó el 10 de abril de 1912 y naufragó cinco días después. Habían embarcado 2.233 personas, de las que 1.503 (el 67 %) perecieron. En primera clase viajaban 325 pasajeros, muy ricos, 125 de los cuales (el 38 %) fallecieron, pero en tercera clase viajaban 706 pasajeros, casi todos migrantes británicos, irlandeses y escandinavos, de los cuales 528 (75 %) perdieron la vida. © Alamy / Cordon Press.



10. Migrantes italianos que, tras su llegada a Buenos Aires, se dirigen a la *Opera assistenza emigranti* ('Obra de asistencia a los emigrantes'). Según datos oficiales, fueron casi 2,5 millones los italianos que llegaron a Argentina entre 1876 y 1930. © Alamy / Cordon Press.

Título original: *Per terre e per mari. Quindici migrazioni dall'antichità al nostri giorni*
Traductor: Marco Aurelio Galmarini

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Inmigrantes en la cubierta del *S. S. Prince Frederick Wilhelm* (1915, detalle). © Getty Images

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Copyright © 2022 by Società editrice il Mulino, Bologna

© de la traducción: Marco Aurelio Galmarini, 2023

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-437-4

Depósito legal: M. 23.835-2023

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción
 - 1. Antigüedad
 - 15 Hace dos mil años, Séneca
 - 21 Colonos y fundadores: *ápoikoi* y *oikistés*
 - 27 La *Res gestae* de Augusto
 - 35 Pueblos en marcha
 - 2. En manos del Estado
 - 42 Las migraciones forzadas
 - 45 Perú: hacia arriba y hacia abajo por los Andes
 - 55 El fin de un imperio
 - 64 La Unión Soviética y los enemigos internos
 - 3. Maldades de la naturaleza
 - 74 Naturaleza madrastra
 - 78 Sequía
 - 85 Una odisea caribeña
 - 94 Irlanda: la peronóspera de la diáspora
 - 4. Migraciones organizadas
 - 103 En marcha, pero no solos
 - 107 *Les filles du roi* en el laboratorio de la *Nouvelle-France*

115	El <i>Drang nach Osten</i> y la germanización del este europeo
123	Del Rin al Volga con Catalina la Grande
	5. Migraciones libres
137	Un fenómeno raro
141	Moverse en libertad
150	La gran migración transoceánica
159	La ola de avance y Estados Unidos de América
169	Reflexión final
177	Notas
195	Índice onomástico

Introducción

La migración, dada la variedad de motivaciones y modalidades que la acompañan, la discontinuidad en su flujo temporal y la multiplicidad de circunstancias con que se presenta, es un fenómeno difícil de definir. La capacidad de migrar es una cualidad instintiva connatural a los seres vivos que les sirve para buscar oportunidades o para huir de peligros. La migración es a la vez un fenómeno físico, puesto que implica el desplazamiento de un lugar a otro, un fenómeno social, en tanto factor de transformación y renovación de la colectividad, y un hecho político, por su influencia en la toma de decisiones gubernamentales. Las migraciones, por último, escapan a cualquier generalización, paradigma o modelo, aun cuando todas estas cosas sean instrumentos –o herramientas– para ordenar y exponer el conocimiento.

Este libro relata quince historias de migración, desde la Antigüedad hasta nuestros días. Se trata de historias

que conciernen exclusivamente al mundo occidental, Europa y América, no a los otros continentes, que escapan a la competencia del autor. Se han clasificado los diferentes relatos de acuerdo con el grado de libertad individual que ha presidido la elección de migrar: en un extremo, la ausencia absoluta de libertad, que es lo que ocurre en las migraciones forzosas; en el otro extremo, las decisiones individuales o familiares que se toman sobre la base de complejas evaluaciones de costes y beneficios, en cuyo caso las he llamado migraciones libres. Me ha parecido un criterio de clasificación útil, incluso para comprender mejor la gran diferencia que se da entre la situación ideal, en que la libertad para desplazarse está asegurada, y las circunstancias históricas concretas en que la migración tiene lugar. No hay en la elección de los casos que aquí se presentan ninguna intención de sistematicidad, pues solo se trata de narrar «historias», no de proponer el esbozo de «una historia» de las migraciones, ni siquiera parcial. A algunas de estas historias me he referido en otros contextos¹.

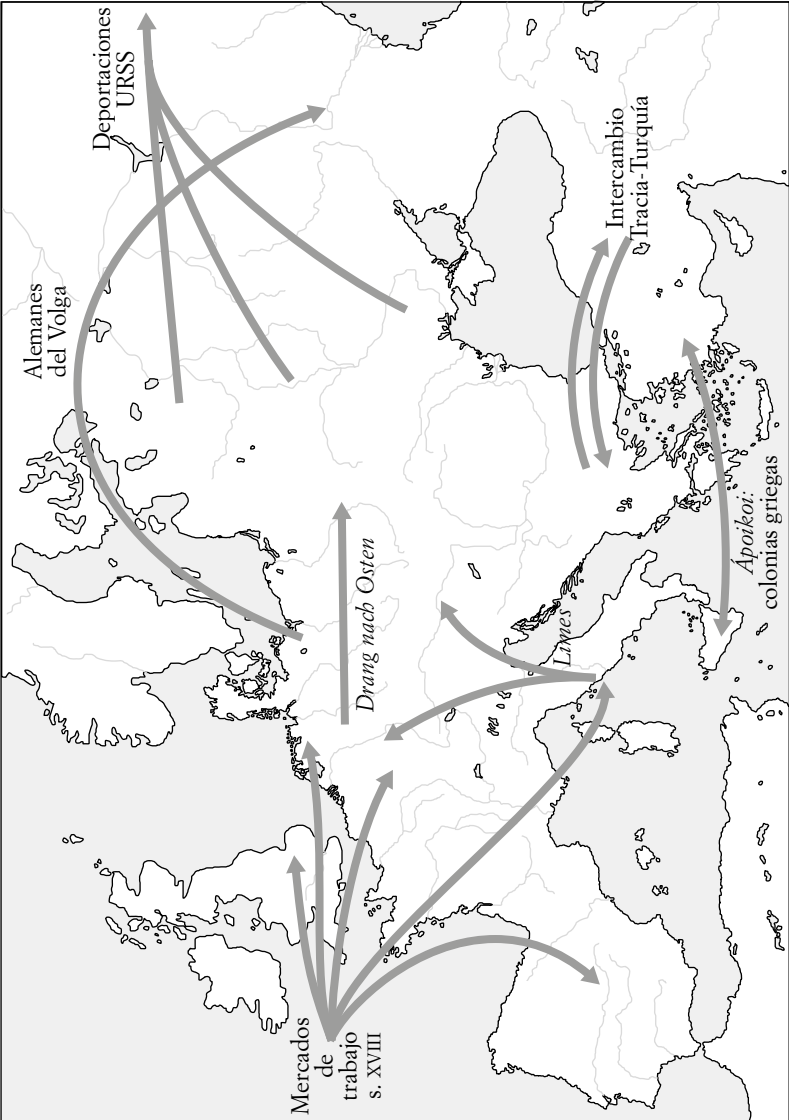
Los casos que este libro presenta no incluyen el de la trata de esclavos entre África y América, pese a que por su duración y sus dimensiones es el ejemplo más relevante de migración forzosa, tipo al que se dedica un capítulo. Es verdad que este fenómeno no solo afectó a África, temáticamente excluida del presente volumen, sino que contribuyó también de un modo fundamental a la evolución demográfica y social de América. Sin embargo, el motivo esencial de su exclusión reside en que, tanto por sus causas principales como por sus consecuencias, la trata de esclavos es un capítulo tan importante de la his-

toria del último milenio que he juzgado imposible e improcedente reducirla a unas pocas páginas.

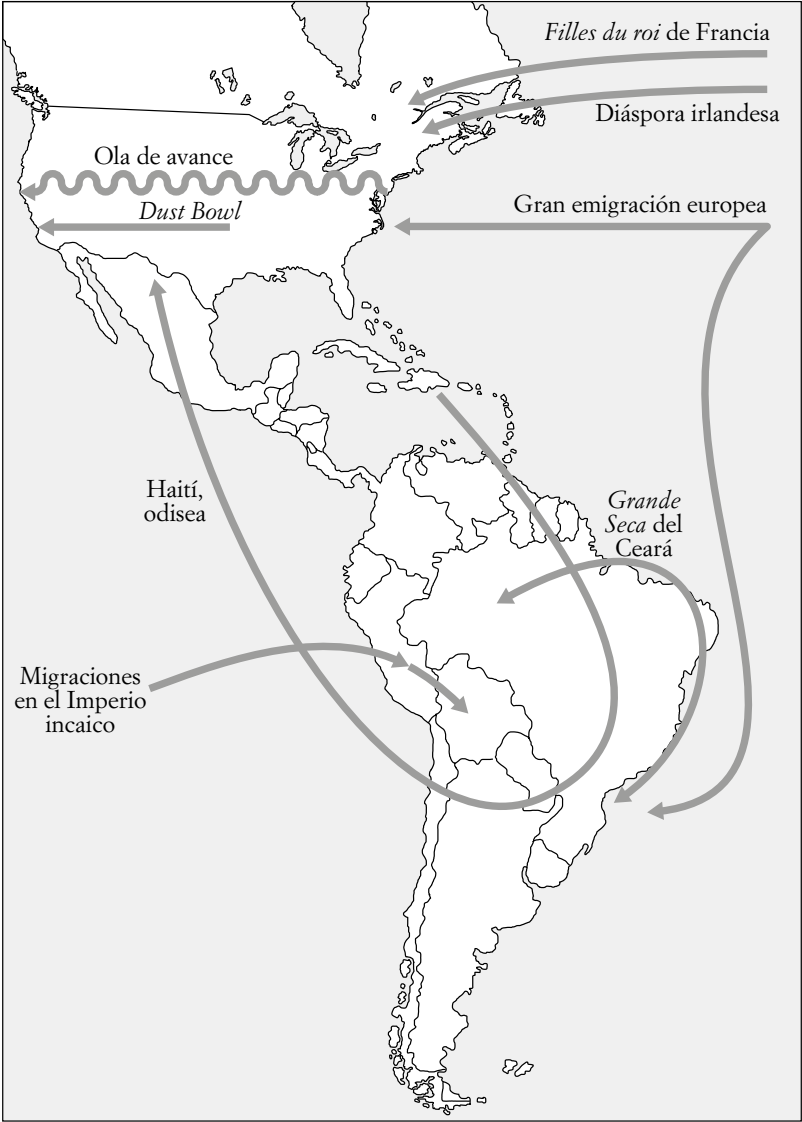
Tal vez asombre al lector que, a excepción de un único caso, se haya prescindido de las migraciones contemporáneas. Es, sin embargo, una exclusión absolutamente consciente, pues los flujos migratorios contemporáneos son muy bien conocidos y han sido ampliamente estudiados y expuestos, mientras que las migraciones del pasado han quedado a menudo olvidadas.

Estas páginas son fruto del confinamiento obligado por la pandemia y del deseo de evadirse de las cuatro paredes del hogar. De esta manera he acompañado a los migrantes en sus peregrinaciones de un extremo al otro de los continentes, así como a lo largo de los siglos. Es preciso agregar que este libro habría sido imposible si la tecnología no me hubiese permitido explorar sin límites en la red a la caza de artículos en todo tipo de revistas científicas, así como en libros viejos y antiguos y en documentos digitalizados, lo cual me ha dejado la sensación de haber trabajado poco en comparación con los esfuerzos y las frustraciones que acompañaron mis investigaciones al comienzo de la carrera, cuando no había fotocopiadoras ni ordenadores y las bibliotecas conservaban sus tesoros con enorme prudencia. Al investigador inquieto se le han abierto vastas praderas otrora inaccesibles. ¡Gracias!

Florencia, 10 de junio de 2021



Desde dónde y hacia dónde: cartografía estilizada de las quince migraciones.



1. Antigüedad

Hace dos mil años, Séneca

Sé de algunos que afirman que hay en las almas una cierta inclinación natural a cambiar de sede y transferir el domicilio; en efecto, ha sido dada al hombre una mente móvil e inquieta, en ninguna parte se sujeta; se desparrama y despacha sus pensamientos hacia todas las cosas conocidas y desconocidas, errante e intolerante de la quietud y contentísima con las novedades¹.

Esto escribe Séneca, exiliado en Córcega por el emperador Claudio, en la epístola a su madre, Helvia. La naturaleza humana no está hecha de «un cuerpo terreno y pesado material: desciende del aquel celeste espíritu; ahora bien, la naturaleza de los seres celestes siempre está en movimiento, huye y se traslada en velocísimo curso». Y de ello, movido como está por una íntima necesi-

dad de mudanza, el espíritu humano se solaza. Lo mismo ocurre con los pueblos y las gentes. En efecto:

¿Qué significan ciudades griegas en medio de tierras de bárbaros? ¿Qué el habla macedónica entre los indos y los persas? La Escitia y toda aquella región de gentes fieras e indómitas ostenta comunidades de Acaya establecidas en los litorales del Ponto; ni la crudeza de su perpetuo invierno, ni el carácter de sus hombres, horrible a semejanza de su clima, fueron un obstáculo para los que trasladaban allí su casa. En Asia hay una multitud ateniense; Mileto vertió en diversas direcciones la población de setenta y cinco ciudades; todo el lado de Italia que está bañado por el mar de abajo fue una Grecia más grande. Asia reivindica para sí a los etruscos; los tirios habitan África, los púnicos Hispania; los griegos se introdujeron en la Galia, en Grecia los galos; el Pirineo no impidió el paso de los germanos.

Hace dos mil años, para Séneca el mundo conocido era un crisol de muchas etnias, culturas y lenguas; se trataba de un mundo de migrantes, a quienes la naturaleza humana movía por caminos a menudo difíciles e ignotos.

Trajeron a sus hijos y cónyuges y a sus padres entorpecidos por la vejez. Unos, zarandeados de aquí para allá en un largo peregrinaje, no eligieron el lugar con juicio sino que por cansancio ocuparon el que tenían más a mano, otros con las armas se dieron la soberanía en una tierra ajena; a algunas gentes las tragó el mar en su busca de lugares desconocidos, algunas se establecieron allí donde las dejó la falta absoluta de recursos.

Si bien la naturaleza humana es móvil, si bien está pre-dispuesta a la migración, siempre es necesaria una causa que conduzca a un desplazamiento concreto, a una migración que, de otra manera, solo sería abandono del contexto vital, las costumbres, la *domus*, el domicilio.

Tampoco el motivo de abandonar y buscar patria fue el mismo para todos: a unos, tras lograr escabullirse de las armas enemigas, despojados de lo suyo, la destrucción de sus ciudades los arrojó sobre lo ajeno; a otros una sedición interna los obligó a partir; a otros la excesiva densidad de una población que se desbordaba los lanzó fuera para descargar fuerzas; a otros los echaron la peste o los frecuentes terremotos o algunas deficiencias intolerables de un suelo improductivo; a algunos los sedujo la fama de una tierra fértil alabada en demasía [...] Es continuo el discurrir del género humano; cotidianamente se cambia algo en un orbe tan grande: se echan nuevos cimientos de ciudades, surgen nuevos nombres de naciones, extinguidos los anteriores o agregados al más fuerte.

Pongo como premisa de mis reflexiones estas bellísimas palabras, escritas hace dos mil años, porque bien pueden servirnos de guía en nuestro esfuerzo por interpretar las vicisitudes migratorias de la humanidad; podrían ser la mejor manera de empezar un tratado moderno sobre migraciones, en el caso de que aún existiese este tipo de literatura. En efecto, en ellas encontramos todos los temas de un debate moderno. En primer lugar, la idea de que la migración es connatural a la especie humana y a todas las especies animales, de la misma manera

en que las estrellas –y la naturaleza entera– están siempre «en velocísimo curso». También en la actualidad, lo mismo que en tiempos de Séneca, es evidente el mestizaje de pueblos y de etnias, consecuencia de la estratificación histórica de las migraciones. Hoy son varios centenares de millones las personas que viven en países en los que no han nacido; para el mundo romano, si bien Séneca no contaba con la comodidad de los números, disponía de los testimonios de sus contemporáneos, de los hechos y de pruebas históricas. Y también hay que tener en cuenta las modalidades y las características de los desplazamientos, con «sus hijos y cónyuges y sus padres entorpecidos por la vejez»; para algunos se trataba de desplazamientos sin objetivos precisos; para otros, de espacios despoblados, o bien de espacios ocupados por otra población a la que había que conquistar «con las armas». Si bien la migración es connatural a los seres humanos, es preciso preguntarse por las causas directas que los ponen en movimiento. Pues bien, migran por verse «despojados de lo suyo», por haber sido expulsados por conflictos o por flagelos naturales como pestes o terremotos, por factores que en la actualidad se denominarían malthusianos –la «excesiva densidad de una población que se desbordaba los lanzó fuera para descargar fuerza»–, o bien seducidos por «la fama de una tierra fértil y alabada en demasía». Por último, Séneca no deja de recordar que las migraciones aseguran la renovación y la transformación de las sociedades, porque «surgen nuevos nombres de naciones, extinguidos los anteriores o agregados al más fuerte». Los estudiosos de hoy se afanan en explicar con modelos y algoritmos las causas determinantes de las mi-

graciones sopesando y midiendo los factores de atracción (*pull*) y de impulso (*push*), o bien los costes y beneficios que derivan de un cambio de morada, movidos, como Séneca, por la curiosidad intelectual hacia un fenómeno cuya última esencia no ha cambiado demasiado en milenios.

La amplísima cita de Séneca no es mero artificio retórico; su finalidad es recordar que, al igual que hace dos mil años, en nuestros días el fenómeno migratorio se desarrolla con mecanismos y modalidades diferentes en la forma, pero semejantes en lo sustancial. Por tanto, la reflexión histórica es un nutriente esencial de la reflexión sobre el presente. Esto implica comparar las respectivas motivaciones, modalidades y formas de los desplazamientos, la existencia de factores selectivos sobre los migrantes, la capacidad de estos –ya individualmente, ya como grupo– para beneficiarse de la migración, y la conveniencia recíproca de esta, tanto para el migrante como para las colectividades receptoras. Reflexionar sobre estas cuestiones permite comprender mejor el fenómeno incluso a falta de informaciones (casi siempre ausentes en lo que respecta al pasado) que hoy consideramos esenciales, como son la cantidad de migrantes y sus características demográficas y sociales, de dónde proceden y a dónde se dirigen. La Antigüedad brinda la ocasión para meditar acerca de una variedad de modelos migratorios.

Muy poco es lo que sabemos en relación con la magnitud numérica de los desplazamientos migratorios que han tenido lugar en los siglos por los que tan rápidamente se ha sobrevolado hasta ahora. Además, es enorme la

variedad de circunstancias, modalidades y tiempos que caracterizaron la movilidad a lo largo de los siglos, pues van desde la lenta movilidad de proximidad, determinada por la evolución natural de comunidades y pueblos en relación con el territorio que ocupan, hasta las transmigraciones rápidas de poblaciones enteras que cubren incluso enormes distancias en busca de nuevos lugares donde instalarse. Por tanto, el fenómeno de la movilidad se articula en una gran variedad de modalidades. Lo que se pretende en estas páginas es individualizar algunas de las más típicas (por repetidas en la historia) y frecuentes.

Lo mismo que en todas las épocas, ha habido una movilidad individual, esto es, determinada por factores ligados a la persona, la familia o el clan, correlativa a la búsqueda de mejores condiciones de supervivencia o de vida. Podríamos llamarla «movilidad libre»; es en general de corto alcance y típica sobre todo en contextos étnicos relativamente homogéneos. Este tipo de movilidad rara vez deja huellas, pero es de suponer que guarda relación con el desarrollo urbano y comercial de las poblaciones. Cabe pensar que el florecimiento de los emporios griegos y fenicios en el Mediterráneo –embarcaderos para el tráfico marítimo de mercancías– favorece una forma particular de migración individual, lo mismo que ocurre en tierra con los puestos de descanso de las caravanas. Incluso los intercambios matrimoniales, los centros religiosos y el desarrollo de profesiones itinerantes constituían ocasiones de desplazamiento. Podríamos definir como «libre» este tipo de movilidad porque su elemento esencial (aunque no único) es la elección individual de desplazarse.

La fundación de las colonias griegas –*ἀποικιοί*– es un modelo de migración organizada por medio de la reproducción de ciudades madre y el asentamiento de sus ciudadanos en tierras lejanas por motivos políticos, económicos o malthusianos. Las nuevas colonias y las nuevas ciudades, a su vez, dieron lugar a otros asentamientos. En el Imperio romano, la movilidad y las migraciones recibieron un fuerte impulso del poder central, así como del Ejército, por medio de la distribución de las tierras a los veteranos y la creación de nuevas colonias. Los *limes*, tanto el renano como el danubiano, presididos por decenas de miles de militares, con sus fortificaciones, asentamientos satélites y de servicios, constituyeron otro motor de movilidad, pues más allá de la función defensiva, cumplían también una función catalizadora de intercambios y mestizaje con poblaciones bárbaras. Además de los *limes*, no fueron pocos los casos de migraciones forzosas de grupos y tribus que trabajaban para los militares romanos en cuestiones de defensa y de control. En las postrimerías del Imperio romano, los pueblos bárbaros, en quienes la movilidad y el espíritu competitivo eran constantes, dieron lugar a formas de migración colectiva de pueblos enteros –las de los godos, los hunos y los lombardos– que nos son conocidas también por los escritos de autores contemporáneos, como Amiano Marcelino y Pablo Dácono.

Colonos y fundadores: *ἀποικοί* y *οικιστές*

«[...] todo el lado de Italia que está bañado por el mar de abajo [Tirreno] fue una Grecia más grande [Magna Gre-

cia]», escribe Séneca a Helvia; pero la expansión de la civilización griega, del siglo VIII a. C. en adelante, abarcó las costas y las islas del Mediterráneo oriental, el Asia Menor, el mar Negro, la península italiana y sus grandes islas, hasta la costa mediterránea de la península Ibérica. El crecimiento demográfico y la escasez de suelo de las tierras originarias, en combinación con necesidades comerciales o deseos políticos y conflictos intestinos, condujo al establecimiento, a menudo de modo organizado, de una pluralidad de asentamientos para recibir migraciones. El proceso migratorio tenía lugar en formas decantadas a partir de prolongadas experiencias anteriores. La instalación y la fundación de las colonias por los *ἀποίκιοι* se realizaba bajo la dirección de una personalidad destacada y específicamente escogida para ello —el *οἰκιστής*—, y se ejecutaba de acuerdo con determinados criterios de selección de los migrantes y con modalidades que se consideraban las más adecuadas para el pleno éxito de la nueva colonia, la cual, tras su fundación, mantenía estrechas relaciones con la madre patria. En muchos casos, los asentamientos eran avanzadillas comerciales (*ἐμπόριον*), en otros eran colonias poblacionales estables que, a su vez, daban lugar a nuevos asentamientos. Tucídides describe de esta manera los asentamientos en Sicilia:

De entre los griegos, fueron los calcídeos los primeros que haciéndose a la mar desde Eubea con el fundador Tucles fundaron Naxos y erigieron un altar en honor de Apolo Arquegeta, altar que en la actualidad se encuentra fuera de la ciudad y sobre el cual, cuando van a salir teoros de Sicilia,

ofrecen previamente sacrificios. Al año siguiente, Arquias, uno de los heraclidas de Corinto, fundó Siracusa, tras haber expulsado antes a los sículos del islote (hoy en día ya no está rodeado totalmente por las aguas del mar) en el que se encuentra la parte interior de la ciudad. En efecto, en una época posterior la parte de fuera quedó unida a ella mediante una fortificación, formándose así un conjunto muy populoso².

Tucídides no nos informa si Naxos fue fundada con la aquiescencia de las poblaciones locales o en oposición a ellas, pero la fundación de Siracusa lo fue con violencia, y la ciudad prosperó, se formó «un conjunto muy populoso». Las poblaciones originarias no podían, pues, estar tranquilas. En efecto, «cuatro años después de la fundación de Siracusa, Tucles y los calcídeos partieron de Naxos y, después de desalojar por las armas a los sículos, fundaron Leontinos y a continuación Catania».

Como hemos dicho, se mantuvieron los contactos con las respectivas tierras de origen, según lo confirma el pasaje siguiente acerca de la partida de colonos de Mégara, que fundaron Mégara Hiblea en Sicilia y que, cien años más tarde, tras los pasos del *oikistés* Pamilo, que había salido de la Mégara originaria, fundaron Selinunte. Es preciso observar que la fundación de Mégara Hiblea se produjo por invitación del rey Hiblón, quien, presuntamente, quería valorizar sus tierras:

Por aquel mismo tiempo llegó a Sicilia Lámide, procedente de Mégara, al frente de una colonia, y se estableció en un lugar llamado Trótilo, al norte del río Pantacias. Después pasó

a Leontinos, donde se asoció políticamente durante un tiempo con los calcídeos, quienes más tarde lo desterraron, y después de fundar Tapso murió. Sus compañeros abandonaron Tapso y bajo el mando de Híblón, un rey de los sículos que les cedió el territorio, fundaron la llamada Mégara Hiblea [...] a los cien años de haberse asentado, enviaron a Pámilo a fundar Selinunte; este Pámilo había venido desde Mégara, la metrópoli, para fundar esta nueva ciudad³.

Grupos de colonos, con sus respectivos *oikistai*, llegaron también de las islas de Creta y Rodas, o de Cumas, asentamiento griego próximo a Etruria:

En cuanto a Gela, la fundaron en común Antifemo, que traía colonos de Rodas, y Entimo, que los trajo de Creta, a los cuarenta y cinco años de la fundación de Siracusa [...] Zancle [Mesina] fue originariamente fundada por unos piratas que procedían de la zona de Cumas, ciudad calcídica situada en territorio de los ópicos; pero más tarde llegaron de Calcis y del resto de Eubea un gran contingente de colonos que se repartieron las tierras con aquellos. Los fundadores de la colonia fueron Perieres de Cumas y Cratámenes de Calcis⁴.

La creación de colonias tuvo lugar durante un proceso que se extendió del siglo VIII al VI a. C. con distintas modalidades. Es indudable la existencia de una ciudad madre, así como de estrechas relaciones y vínculos políticos y comerciales entre madre e hija, pero la colonia es independiente de la madre; el fundador es un notable, el *oikistés*, que organiza el traslado de los colonos, presumiblemente reunidos en núcleos familiares. Aunque no

sabemos nada acerca de cuántos eran los primeros colonos, es de suponer que se tratara de varias decenas de familias con capacidad de supervivencia autónoma. Ignoramos si había reclutamiento y, en caso de haberlo, cómo se realizaba, quién era el responsable de la selección (¿el *oikistés*?), de qué manera distribuía la tierra, cuántas colonias sobrevivieron, cuántas se disolvieron y de qué manera. Pero en el siglo I a. C, a ojos de Cicerón, el Mediterráneo parecía constelado de colonias fundadas por los griegos «en Asia, Tracia, Italia, Sicilia y África», todas «bañadas por el mar», como si «en la costa griega se [hubiera] tejido una especie de cenefa en torno a los territorios de los bárbaros»⁵.

No disponemos de criterios seguros para evaluar el perfil demográfico de este proceso migratorio y de sus asentamientos. Los centros se fueron instalando en un número de fundaciones en constante crecimiento, que culminó en el siglo VI a. C. con varios centenares; sus dimensiones numéricas se mantuvieron modestas, a semejanza de la población helénica. No sabemos en qué medida el crecimiento de los centros más grandes –los que superaban los 5.000 habitantes y los que, como Atenas y Siracusa, rozaban incluso los 100.000– se debió a su mero crecimiento vegetativo, a la inmigración o a la captura de esclavos. Sin embargo, la extensión geográfica de las ciudades-colonia –de la costa oriental del mar Negro a las costas mediterráneas ibéricas–, su número, la intensidad de su respectivo tráfico y de los intercambios comerciales, los progresos de la navegación y otros testimonios documentales y literarios invitan a pensar que la movilidad era muy elevada.